

Nota del Dr. Juan B. Justo

1° de Julio de 1896

Tres días después del Congreso, en la edición del 1° de julio de 1896 -día en que muere Leandro N. Alem- Juan B. Justo, escribe el siguiente artículo sobre el congreso constituyente del Partido Socialista. Es la mejor crónica que podemos ofrecer de ese acontecimiento.

"En un modesto local de un barrio apartado han sesionado en estos días algunas decenas de trabajadores, representantes de las sociedades obreras. El acontecimiento ha podido parecer tan insignificante que algunos diarios ni siquiera han hablado de él. En efecto, entre todos los delegados no poseían quizá una modesta fortuna; ni era aquélla una de esas asambleas a las cuales la presencia de hombres eminentes de carácter y tono: hasta se decían muchos disparates y hubo momentos de verdadera confusión.

Pero para quien comprende que los acontecimientos importantes no son siempre los que se pasan con gran pompa, al son de trompetas y tambores y en medio de la expectativa general, el reciente congreso obrero tiene que ofrecer un gran interés.

Lo mismo que las repetidas huelgas, la celebración de este congreso significa que, junto con la producción y el comercio en grande escala, ha nacido en el país el más fundamental de los antagonismos de clases, el de la clase trabajadora y la clase propietaria, cuya consecuencia es el movimiento socialista, que hoy conmueve a los países adelantados.

Significa, pues, un doble progreso; uno económico, otro intelectual; uno en el modo de trabajar, otro en el modo de pensar. Al mismo tiempo que la República Argentina ha adquirido un puesto en el mercado universal, han aparecido en ella las ideas que hoy más agitan al mundo. Y lejos de ser una aparición prematura, vamos en esto, como en tantas otras cosas, detrás de los demás pueblos. Hace años que Australia, país más nuevo que éste, envía a sus parlamentos decenas de diputados obreros. En cuanto a los Estados Unidos, la lucha de clases tiene allí en colosales huelgas una manifestación más elocuente, aunque mucho menos eficaz.

Al significar un proceso económico e intelectual, el congreso obrero significa un progreso político. Donde la masa del pueblo comprende su situación económica y trata de mejorarla, llevando al gobierno genuinos representantes suyos, la política deja de ser una lucha de personas, de preocupaciones o de fantasías metafísicas, y se acerca necesariamente a la ciencia y a la verdad. Y donde los principales medios de producción no pertenecen a la masa de la población, sino a una clase propietaria, es indispensable que la clase trabajadora se ponga en movimiento, si no quiere ser aplastada por el mismo progreso técnico de la industria y del comercio, que si no es acompañado de un adelanto equivalente en la inteligencia y la actividad política del pueblo, sólo tiende a aumentar la riqueza y el poder de los capitalistas a expensas del bienestar y de la libertad de los trabajadores. Así es como la lucha de clase bien entendida, importa en los países adelantados de la época actual un inmenso progreso político.

No dejan, por supuesto, de intervenir en esa lucha preocupaciones absurdas, y lo que llama Spencer "half truths", medias verdades que para la mayor parte pasan por verdades enteras,

y eso es lo que le da en ciertos casos un carácter violento. No faltan gentes para quienes es intolerable la idea de que los trabajadores tienen también intereses comunes que defender, y deben querer influir en el gobierno, ni obreros para quienes la única causa de miseria es la explotación de que son víctimas, sin tener en cuenta para nada la productividad del trabajo.

Hay conservadores que esperan detener la evolución de la sociedad con persecuciones bárbaras, y falsos revolucionarios cuyo único método de acción es negar o destruir todo lo existente.

Pero unos y otros fracasan necesariamente en el terreno de los hechos. El mundo pertenece a los que más ven. Donde, como en Inglaterra, la clase capitalista gobernante comprende tan bien como el pueblo las verdades del socialismo, ella conserva su preeminencia moral, y es capaz por ahora de conducir el país por el camino del progreso. Pero éste es más rápido aún, y más seguro, donde como en Australia, la clase obrera misma aplica con criterio y sensatez la doctrina socialista a la política del país.

Tal es la significación general del movimiento obrero, prescindiendo de la hipótesis de la propiedad colectiva de los medios de producción, hipótesis tan rica en promesas de paz y bienestar social.

¿Cuál es ahora la significación que tiene en este país? Juzguémoslo por la constitución y la obra del reciente congreso.

Allí se ha tratado de la reglamentación del trabajo, de los impuestos, de la moneda, de la inmigración, de leyes de interés general, de principios de asociación y de acción política.

Esta ha sido calurosamente recomendada por las sociedades gremiales como el medio de conseguir una situación mejor. Las aspiraciones inmediatas de la clase trabajadora han sido formuladas en un programa, que comprende todas las reformas necesarias para la buena marcha del país, aún aquellas, como las referentes al papel moneda, los derechos de aduana, etc., que deberían ser, pero no son, sostenidas por otros partidos.

El mero hecho de esas discusiones de asuntos económicos y políticos por trabajadores, muchos de ellos extranjeros, ¿no significa un gran progreso frente a la incuria y a la preocupación patriótica que alejan de la acción política a la mayor parte de nuestra población hábil, y a la ignorancia que hace tan ineficaz e ilusoria la acción política del resto?.

Y el carácter de las discusiones del congreso no ha sido menos significativo que su objeto.

Había allí un espíritu de amplia y libre discusión, convicciones tan sinceras, en la mayor parte tal independencia de juicio, aun en el error, en otros, un desprecio tan grande por las preocupaciones de la mayoría, en todos una voluntad tan decidida de cumplir los fines del congreso, que daban a la asamblea una enérgica fisonomía de virilidad y de vida.

Es el caso de preguntarse si no irá a ser la clase obrera la que de primero método y doctrina a la política del país".

Digno complemento de esa página de antología es esta otra de Juan B. Justo y que el Maestro publicara en "La Vanguardia" del 28 de Junio de 1926, al cumplirse el 30º aniversario de la fundación del Partido.

"A treinta años de distancia, aquella asamblea, paso inicial y ya seguro del Partido, se me presenta como un ordenado y apacible torneo de ideas; pero recuerdo que la noche del 28 de

Junio, bajo la punzante impresión de los debates, no dormí.

Había que constituir el Partido Socialista con neto carácter de clase. Necesitábamos acercarnos lo más posible al incipiente movimiento obrero gremial, venciendo la resistencia anarquista. Queríamos asimismo hacer el socialismo eminentemente constructivo, y, para ello, liberarlo de la falsa intransigencia enarbolada por la facción más popular de la oligarquía.

A esos fines respondieron los proyectos de estatutos, programa mínimo y declaración de principios, que redacté en mi carácter de secretario del interior del comité organizador, cuyo secretario de actas era José Ingenieros, entonces joven estudiante, actuando como tesorero José A. Lebrón, generoso y entusiasta contador andaluz, y como vocales, Eneas Arienti, tornero en madera, el pintor de letras Adrián Patroni, el zapatero Juan Schaeffer y el carpintero Germán Müller.

Con el mismo espíritu, se convocó aquel congreso dividido en dos secciones, la parte política, en que sólo intervinieron los delegados de las 19 agrupaciones socialistas representantes, y la sección "económica", en que fueron invitadas a participar las sociedades gremiales obreras.

Aceptaron la invitación del naciente partido el Fomento Tipográfico, las secciones francesa y alemana de las artes gráficas, los talabarteros, los constructores de carros, los vidrieros, los fideeros, y varios otros gremios proletarios, que enviaron unos cincuenta delegados, entre ellos a los tipógrafos Esteban Jiménez, Emilio Ferrando y Dombrowski, el broncero José Margall, el mecánico Francisco Cúneo, el carpintero José Casot, el tonelero Vicente Rosáenz, el hojalatero Miguel Pizza, Carlos Arienti, de los constructores de carruajes, fuerte sindicato que designó diez delegados, y otros diez representantes del gremio de curtidores.

Nuestros conceptos de economía y de política han progresado desde entonces. La acción económica proletaria está ahora para nosotros en la cooperación obrera de consumo, que, por ser espontánea y voluntaria, llamamos de cooperación libre. Ella es la participación activa e intencional de los trabajadores en la división del trabajo, en la organización de la producción.

En el sindicato obrero vemos ante todo un órgano de coerción, para imponer normas de trabajo y de remuneración análogas a las reglas sobre el trabajo dictadas por los legisladores, y que se imponen mediante los jueces y la policía.

Se ha disipado la ilusión que nos indujo a organizar aquel congreso mixto. Precisamente porque son afines, la acción gremial y la acción política compiten y se hostilizan entre sí donde la conciencia obrera no está aún desenvuelta.

Recelosos con razón del charlatanismo electoral y fácil presa al mismo tiempo de los agentes confidenciales encargados por la burguesía de sembrar la confusión y la cizaña en las filas proletarias, ciertos grupos obreros se mantienen alejados de la acción política socialista u hostiles a ella. En nuestro país, refuerzan esa inercia o esa resistencia inmigrantes provenientes de pueblos de baja cultura, donde ha florecido el anarcosindicalismo.

El movimiento político y el movimiento gremial obreros, para no trabarse mutuamente, han de hacerse, pues, por separado, mientras la deficiente aptitud del pueblo para la acción histórica no les permita unirse en una sola y poderosa corriente.

No sin emoción contemplo la evolución de nuestros principios desde 1896.

El proyecto de declaración presentado al congreso socialista de aquel año decía, como consideraciones finales: "Que mientras la burguesía respete los actuales derechos políticos, esa fuerza (la del proletariado organizado) consistirá en la aptitud del pueblo para la acción política y la asociación libre".

"Que éste es el camino por el cual la clase obrera puede llegar al poder político, y el único que la puede preparar para practicar con resultado otro método de acción si las circunstancias se lo imponen"

el congreso substituyó a estas palabras las que forman el último apartado de nuestra actual declaración de principios, para darle sin duda más acentuado sabor revolucionario.

A esto tendió también la substitución del artículo 8 del proyecto de estatutos, que si habla de alianzas electorales, siempre que se mantuviera integro el programa del Partido, era para romper con el prejuicio de la intransigencia, más que por considerar posibles ni deseables pactos electorales inmediatos. Se prefirió otro texto, de vida efímera en nuestros estatutos, que excluía del Partido Socialista a los que aceptaran "alianzas con los demás partidos".

Eran manifestaciones del mismo romanticismo, fuera de lugar y de tiempo, que entonces hacía adoptar a Ingenieros y Lugones el calendario de la Revolución Francesa y fechar en el mes "Nevo" los números de enero de un periódico editado en esta ciudad de Buenos Aires. No di importancia a aquellas enmiendas, que no alteraban en nada substancial el método de acción que nos habíamos trazado. Pero en los discursos pronunciados para sostenerlas, ruidosamente aplaudidos por una parte de la asamblea, se habían emitido frases que, sin ser ofensas personales, fueron mortificantes para mí, y, en consecuencia, no acepté cargo electivo alguno de aquel congreso.

Hoy la misma revolución rusa devuelve a poseedores o agentes del capital una parte de las funciones técnico-económico directivas y se restablece en aquel país el carácter autónomo y libre de la cooperación obrera económica.

Ante la enorme tragedia eslava, comprendemos que la clase trabajadora no llega a su madurez sino cuando es capaz de modificar las relaciones de propiedad por ley o por decreto, elevando al mismo tiempo el nivel técnico-económico del país o al menos sin deprimirlo.

Pueden todavía manchar la Historia episodios de violencia y de sangre, sobre todo en los pueblos menos cultos, oprimidos por oligarquías recalcitrantes.

Entretanto, el socialismo se define cada vez más como un cambio profundo en el modo de sentir, pensar y obrar de la clase productora en la vida diaria, y es el aspecto económico, político y moral de la revolución en permanencia".